

## La vigencia de la noción de *experiencia* de Joan W. Scott para discutir estrategias de lucha: “de los cuerpos del feminismo hacia la coalición de la multitud abyecta”

NATALIA COCCIARINI

PUDS – CEI – UNR / Maestría Estudios y Políticas de Género, UNTREF  
natalia.cocciarini@gmail.com

**Resumen:** A partir de su adscripción a la línea de análisis posestructuralista, queremos revisar algunos de los fundamentos que Joan W. Scott intenta desmontar y cómo reinterpreta esos lugares a fin de sostener el contenido crítico en la construcción del conocimiento y en coherencia con su feminismo desde el que entiende, aporta epistemológicamente rechazando la consolidación de las categorías homogéneas.

El ejercicio intentará ver luego cómo las ideas de Scott nos ayudan a pensar los movimientos, el rechazo a dicha consolidación homogeneizante y por tanto normalizadora y esencialista de las categorías al interior del propio feminismo; seleccionamos algunas situaciones del Encuentro Nacional de Mujeres de Argentina, y la controversia en torno a las consignas del 8M de este año (2019) como espacios privilegiados para pensar las discusiones que se dan lxs sujetxs partícipes. Por ende, -siguiendo a Scott- si lxs sujetxs están constituidos discursivamente, si hay conflictos entre y contradicciones dentro de los sistemas discursivos que lxs producen, y si la agencia de éstos se crea a través de situaciones y estatutos que se les confieren, recuperar, una vez más, la *discusión* de Scott sobre *experiencia* como medio de acceso al conocimiento y a la noción de identidad, nos permitirá problematizar y pensar algunas cuestiones en torno a la estrategia de colectivización que se convocan cada año en los espacios de construcción de la agenda de reivindicaciones.

**Palabras Clave:** J. W. Scott – epistemología de género – experiencia – movimiento de mujeres – transfeminismo

### I. Algunos aportes de Joan W. Scott a la epistemología de género

Las epistemologías de género constituyen hechos políticos en sí. El desafío de redefinir la idea misma de un sujeto de conocimiento objetivo, neutral, universal en términos de género supone enfrentar la actual distribución del poder en y de la producción del conocimiento para cambiarla. Dicho conocimiento producido –la comprensión que las sociedades se dan sobre sí mismas– es siempre relativo y constitutivo de los modos en que se configuran las relaciones humanas, de poder, de dominación. Es una forma de ordenar el mundo, es inseparable de la organización social. De esta manera, política feminista y estudios académicos sobre el género forman parte del mismo proyecto político colectivo.

Por ende, de las configuraciones que fueron adoptando las distintas perspectivas teóricas sobre el género, de la relación que establecieron entre las categorías

sexo/género/cuerpo, dependieron las concepciones ontológicas, las prácticas identitarias y las estrategias políticas que se asumieron para la construcción de un tipo de feminismo.

Concretamente, el posestructuralismo ha significado un cambio sustancial en la manera de entender estas relaciones conceptuales, y en el compromiso político a asumir en la producción de conocimiento. Joan W. Scott adopta esta posición porque entiende que si la política feminista supone plantear cuestiones de epistemología, relativizar el estatus de todo el conocimiento, vincular el conocimiento con el poder y teorizar todo esto en términos de operaciones de diferencia, es el posestructuralismo (o al menos algunos de los enfoques asociados a Michel Foucault y Jacques Derrida) la teoría que está más a la altura de ofrecer las herramientas para la construcción de una corriente teórica feminista sólida para tales fines políticos (Scott 2008 [1999]: 22-23).

Sobre una revisión crítica historiográfica Scott reconoce que la categoría *género* tuvo durante los ochenta el potencial político que se proponían las feministas desde los setenta: arrastrar desde los márgenes al centro a las mujeres transformando paralelamente la escritura de la Historia; pero que –excepto excepciones– lejos de referirse al conocimiento que organiza nuestras percepciones sobre las diferencias entre los sexos, *género* como concepto se ha ido convirtiendo en sinónimo de mujeres (Scott 2008 [1999]: 14-15), perdiendo el filo crítico que lo constituía en fundamento de la investigación feminista cuyo punto clave radica precisamente en su rechazo a conformarse con el *statu quo*. Por ende, si el propio movimiento feminista se resiste a la homogenización de las categorías, en este caso la de "mujeres" –que si bien como dice Butler es asumido como motivo de desesperación (Butler 2007 [1990]: 277), pese a que habilita intervenciones políticas más creativas–, si la política feminista se sabe más radical, entonces a los ojos de Scott, es menester una epistemología más radical.

Así, tal como el feminismo ha rechazado o reformulado "los usos generalmente aceptados" del lenguaje, sugiere que entonces necesitamos seguir renovando nuestro vocabulario analítico. En consecuencia, se mueve hacia una complejización mayor para intentar retener el contenido crítico que urge a la investigación feminista.

Sus giros conceptuales reafirman en su operación deconstructivista<sup>7</sup> la posibilidad de estudiar los procesos complejos que producen significados –esa epistemología más radical que necesita la política feminista–; por ejemplo, respecto del estudio de la Historia. El interés político y la apuesta teórica de Scott –señalar las desigualdades entre hombres y

---

<sup>7</sup> Scott aplica la idea derridiana sobre deconstrucción según la cual el estudio de los procesos complejos que producen los significados implica exponer los términos que se han suprimido y la inestabilidad interna que contienen. En términos de género supone analizar en su contexto la forma en que opera cualquier oposición binaria para desplazar su construcción jerárquica en lugar de aceptarla como real o evidente, naturalizando las condiciones. Scott sostiene la necesidad metodológica en la disciplina histórica de someter a crítica constante nuestras categorías y ser conscientes de la diferencia entre nuestro vocabulario analítico y el del material a analizar (Scott 2008 [1999]: 63).

mujeres y cambiarlas—enmarcado en una concepción pos-estructuralista de la construcción del conocimiento —que siempre es parcial y que también participa en las definiciones que nos damos sobre las diferencias sexo-genéricas, la inducen a pensar la disciplina histórica como el lugar que simultáneamente proporciona los medios necesarios para la comprensión del *proceso* que produce conocimiento sobre el género. Por lo tanto, es menester, afín con el compromiso político y los desafíos posestructuralista, desentrañar los fundamentos disciplinares<sup>8</sup>.

Como se asume, uno de ellos es la idea de género como categoría para el análisis de la Historia. Sin embargo, queremos anclar en otro punto nodal. Uno de esos fundamentos a deconstruir para Scott es el de la noción de *experiencia* como evidencia para documentar la vida de “otros”, afín de demostrar la falsedad de construcciones hegemónicas. Reconoce que lo que ha hecho la Historia Social (incluso cuando ya ha sido revisada para una crítica al empirismo) fue tomar las categorías de identidad como reflejo de experiencias objetivas reforzando el anclaje de la diferencia sexual como inalterable —asumiendo la experiencia femenina/masculina como definiciones normativas ya existentes— (Scott 2008 [1999]: 21-22). Respecto de las mujeres, por ejemplo, *al suponer que tienen características específicas e identidades objetivas, y que estas, por su naturaleza firme y predecible, son diferentes de las de los hombres, y que además generan necesidades e intereses femeninos que pueden ser definidos*, se entrapa en una lógica circular en la cual la “*experiencia*” explica la diferencia de género y la diferencia de género explica las asimetrías de la “*experiencia*” masculina y femenina (Scott 2008 [1999]: 22). De esta manera los historiadores dieron a entender que la diferencia sexual es un fenómeno natural más que social anclándola como inalterable siendo más bien funcional al reforzamiento de las ideas preestablecidas apelando nuevamente a definiciones normativas. Hacer de la experiencia el origen del conocimiento es naturalizar el lugar de la diferencia; por eso hay que revisar “*experiencia*” como fundamento de la historia.

La crítica de esta noción está supuesta en su pregunta por la política:<sup>9</sup> por las relaciones de fuerza involucradas en la construcción y aplicación de los significados, pues

---

<sup>8</sup> Butler (2001: 15-16) explica que no se trata de deshacerse de los fundamentos, que no hay forma de hacerlo definitivamente, más la tarea es interrogar lo que las teorías autorizan con el establecimiento de fundamentos, es decir, lo que excluye y da por cerrado.

<sup>9</sup> Para Scott los significados son dinámicos y potencialmente siempre cambiantes, inestables, abiertos a discusión y a una redefinición. La clave analítica radica para ella en atender no ya al origen y causas simples, sino a los complejos procesos que establecen los significados, a las múltiples causas de la retórica o del discurso; poner el foco en la forma en que se construyen o legitiman algunas jerarquías —en este caso la de género— entender qué significan. Es decir, debemos ocuparnos de los significados, haciendo hincapié en su carácter variable y volátil, y en la naturaleza política de su construcción. Advierte que la pregunta debe ser por la *distribución de los significados*, debe apuntar hacia las formas en que tales conceptos, como el de género, adquieren la apariencia de algo fijo, hacia los desafíos planteados por las definiciones normativo-sociales, y hacia las formas en que se manifiestan estos desafíos. Nos dice Scott: *es una pregunta por lo político*, direccionada a desentrañar las relaciones de fuerza involucradas en la construcción y aplicación de los significados de una sociedad.

responder sobre la causalidad del control sobre los significados la llevan a proponer que no hay dos instancias separadas del interés en crear grupos sociales (una, material, objetiva y la otra del plano discursivo que produce los efectos subjetivos) sino que tal separación no es posible puesto que el "interés" no es inherente a los actores ni a sus posiciones estructurales sino que es producido por el discurso (Scott 2008 [1999]: 23-24)<sup>10</sup>. Pero, para Scott, hablar de la experiencia de este modo, como algo que la gente *tiene*, es establecer y dar por sentada la existencia previa de los individuos, operación dentro de una construcción ideológica que no solo hace de los individuos el punto de partida del conocimiento, sino que también naturaliza categorías tales como hombre, mujer, negro u homosexual, tratándose como características dadas (Cf. Scott 1999). Cuando debiéramos en conducir la pregunta respecto de cómo se producen las concepciones de los yoes (de los sujetos y de sus identidades).

La manera en que Scott critica y re-piensa la construcción de los significados, es el mismo procedimiento por el cual discute cómo analizar la noción de *experiencia*. Pensar en la construcción de los significados como producto de los discursos, es decir, en un interés político que no es un inherente a los actores ni a sus posiciones objetivas, implica que pensemos de manera más compleja también la explicación de la relación **experiencia-identidad-política**, pues para la autora la política es el proceso por el cual las interacciones del poder y el conocimiento constituyen la identidad y la experiencia, no la supuesta toma de conciencia colectiva que asumen los sujetos individuales por estar ubicados de forma similar en las estructuras a partir de lo cual reconoce su auténtica identidad. La identidad no equivale a un sentido de sí mismo, determinado objetivamente y definido por necesidades e intereses, por lo que entonces la experiencia no implica una serie de circunstancias objetivas que condicionan la identidad; identidades y experiencias son organizados discursivamente, por ende, son fenómenos contextuales, históricos y variables, y por lo tanto, si los límites discursivos cambian según las condiciones históricas, la conciencia nunca puede determinarse ni alcanzarse de una vez por todas (Scott 2008 [1999]: 24). La experiencia es el proceso por el cual los seres sociales construyen subjetividad, a partir de la cual se sitúan o son situados en la realidad social, lugar desde el cual aprehenden las relaciones sociales. Si bien ese proceso pretende la definición de sujetos fijos y autónomos —para poder ser instituido como fuente fiable de conocimiento a partir de dicha experiencia asumida— no es más que una construcción histórica, variable (Cf. Scott 1999).

---

<sup>10</sup> Esta es precisamente la definición que Scott le critica a Raymond Williams respecto de que en siglo XX la *experiencia* refiere por un lado a una particular clase de conciencia plena, activa, que incluye tanto al sentimiento como al pensamiento que los actores tienen, y que se ofrece como testimonio subjetivo inmediato, verdadero, auténtico, concebida como interna, como la expresión de un ser o de una conciencia individual subjetiva; y por otro, a las influencias externas a los individuos —condiciones sociales, instituciones, formas de creencia o percepción— a las que reaccionan, y que no incluye su pensamiento o consideración, conocida como la experiencia externa, objetiva, es el material sobre el cual la conciencia actúa.

Despliega el mismo mecanismo que la lleva a repensar la categoría de género, y atravesada por tradición foucaultiana, llega a la necesidad de re-discutir la *experiencia*, re-definir su significado para retener su poder explicativo y su interés en el cambio evitando sostener o reproducir categorías naturalizadas. Si la identidad está atada a la noción de experiencia, la propuesta que construye la autora está en función de responder a la pregunta sobre la posibilidad de *escritura sobre la identidad sin esencializarla* (Scott 1999); el camino metodológico es “historizar la experiencia”, entendida como la vivencia que constituye a los sujetos a través de sí (ya no como la evidencia autoritaria que podemos abordar literalmente<sup>11</sup> para visibilizar las identidades). Nuevamente, tomar conciencia de la posición asignada del sujeto a partir de la cual narramos la experiencia de ese sujeto en tanto tal, con lo cual pretendemos definir la identidad es por tanto una operación de fijación, esencialista. Por el contrario, Scott propone ir un paso más atrás (de alguna manera eso implica todo el análisis posestructuralista en función de desentrañar las trampas a la que nos exponemos adoptando los fundamentos disciplinares). No se trata de ubicar las posiciones objetivas de los individuos en las estructuras, lo que nos brindaría una definición de las identidades en función de las experiencias vividas en tanto tal posición; lo que Scott propone, a la luz de Spivak, es hacer visible la asignación de posiciones de sujetos, analizar ese posicionamiento, enfocar los procesos de producción de identidad, tratar de entender las operaciones de los cambiantes y complejos procesos discursivos por el cual las identidades se adscriben, se resisten o se abrazan, atendiendo a esos procesos; es entender que las identidades son eventos históricos que emergen por efectos de discursos que las posibilitan. La autora sostiene que los sujetos están constituidos discursivamente, y que la experiencia es un evento lingüístico (no ocurre fuera de significados establecidos), por lo que tampoco está confinada a un orden fijo de significados, y por lo tanto es menester insistir en la naturaleza discursiva de la “experiencia”, en la política de su construcción. Historizar la experiencia es historizar las identidades, una “(...) historización que implica un escrutinio crítico de todas las categorías explicatorias dadas generalmente por supuestas, incluida la categoría de experiencia” (Scott 1999) porque ésta tampoco es autoevidente ni directa, lo que cuenta como experiencia es también conflictivo, político.

Si bien en los textos citados Scott piensa herramientas nuevas para la disciplina histórica y el ejercicio de lx historiadorx –análisis que hemos intentado separar–, su encuadre en la teoría posestructuralista supone que esos aportes para la construcción del conocimiento científico se impliquen también categorías de entendimiento de la realidad, pues como hemos repuesto al principio, el conocimiento es la comprensión que se dan las

---

<sup>11</sup> Aquí nos referimos al término como la operación comúnmente aceptada de linealidad entre las palabras y las cosas, de acceso directo al significado de lo enunciado; no como lo supone Scott en términos de un análisis de las producciones discursivas que no son posibles de definir con significados y variables únicas.

sociedades sobre sí y por lo tanto participa de las definiciones políticas, en la construcción de las relaciones de poder –supuesto de la clásica ecuación saber-poder de Foucault–. Por lo tanto, revisar la crítica a los fundamentos o a los lugares comunes a los que ha llegado a la disciplina histórica a la luz de Joan Scott –comprometida entonces con la construcción de herramientas para el cambio– es también servirnos de ello para una crítica de nuestras prácticas políticas en el presente, pues historizar la experiencia no es necesaria o únicamente el análisis de las condiciones de producción discursivas identitarias en el pasado, sino también lo que permite la aparición o construcción en el presente, los discursos que las hacen posible; nos aporta una perspectiva de análisis discursivo para cuando nos enfrentamos a la apelación de la “experiencia” como un lugar de autoridad desde el que se veta o se vuelve posible reclamar el derecho a la palabra, a la participación de determinados espacios, un lugar en determinadas agendas reivindicativas, al empoderamiento, etc.... Pues, nos atrevemos a decir, que esta nueva historia que supone crear una distancia analítica entre el lenguaje del pasado, supuestamente preestablecido, y nuestra propia terminología, apunta a que la *experiencia* sea redefinida y reestructurada conjuntamente con una visión de igualdad política y social ampliando las posibilidades de pensar en las actuales estrategias políticas feministas y el futuro utópico.

## **II. Algunas reflexiones sobre los espacios de construcción de consignas y agenda del movimiento**

Argentina tiene una importante tradición en activismo y militancia feminista, que se ha ido acrecentando significativamente en los últimos años, situación que la ha puesto en lugar de referencia internacional. Queremos proponer dos espacios que tienen continuidad en su construcción a los fines de poder pensar los desplazamientos que se van produciendo y que puede servir de variable a la observación de la importancia que va adquiriendo en el debate público las demandas del feminismo. Por un lado, uno de los espacios claves de confluencia de las luchas de mujeres es el Encuentro Nacional de Mujeres; evento anual que desde 1986 se desarrolla en alguna ciudad del país que preparan tanto las mujeres que están organizadas en partidos políticos, en instituciones formales de distinta índole, en organizaciones sociales, religiosas, etc., como aquellas que no lo están y que participan de manera “independiente” del mismo. En la última década el Encuentro ha al menos triplicado en número de asistentes, rondando en el último Encuentro las 50.000 mujeres que se movilizan de distintas partes del país hacia la sede para participar de alrededor de 70 talleres de discusión sobre problemáticas que las inquietan. ¿Quién es el/la sujetx del Encuentro? ¿Cuál es la experiencia que han significado esxs sujetxs que lxs movilizan hacia el Encuentro de Mujeres? Deberíamos pensar por qué el Encuentro crece y las

distintas organizaciones cada vez más se exigen la necesaria participación e incluso se re-legitiman por ello; y por qué, entonces, “las mujeres” reclamen espacio de debate allí.

Por otro lado, la conmemoración del 8 de marzo como el Día Internacional de la Mujer se presenta como otra instancia sobre las que se pueden replicar las preguntas previas, que desde el 2017 en torno a la organización de la movilización y Paro Internacional de Mujeres ha recuperado su carácter de clase. Las asambleas en las que se construyen las actividades para ese día, que convoca a un igual amplio y heterogéneo abanico de organizaciones ha consensuado en denominarlo en el 2018 “2do PARO INTERNACIONAL DE MUJERES, LESBIANAS, TRAVESTIS Y TRANS”. Y en 2019 “Paro General Internacional y Plurinacional de Mujeres, Lesbianas, Travestis, Trans, Bisexuales, No Binaries, Gordes e Intersex de la clase trabajadora” que convocó sólo en Capital Federal a 500 mil personas.

Pese a nuestra incapacidad para interpretar aquí ese fenómeno en los términos planteados, pero atendiendo a la realidad de que tanto el ENM como las actividades por el 8M crece cada vez más, una pregunta pertinente a nuestra línea sería ¿cuál es la *experiencia* aludida individual/colectiva de las “mujeres” para convocarse a esos espacios? No a los fines de responder las preguntas, intentamos problematizar para con ello vislumbrar –como sugiere Scott– la volatilidad, el vacío y desborde de las categorías en el transcurso anual de estos espacios –que definitivamente participan en las definiciones políticas, en la construcción de discursos, por ende de categorías, significados, símbolos... quizá aquí desde esa vertiente más política, más tangible a la que Scott quiere hacer honor en la construcción de una epistemología más radical, de las que también el ENM y el 8M se van haciendo eco para un camino hacia la transformación–.

Allí está la justificación de por qué Scott nos ayuda a pensar los movimientos al interior estos espacios. Su compromiso con mantener la potencia crítica de los conceptos, por repensar sus categorías en función de que no nos entrapemos en fundamentos establecidos o creados por nosotrxs mismxs en la fijación de los significados, sus nociones de género, identidad, experiencia, nos sirven de variable para pensar en qué medida se proponen transformaciones en el *a priori* de saberse *las mujeres* del Encuentro y el Paro.

Quienes se sienten convocadxs a participar del Encuentro y a activar en torno al 8M acceden a la conciencia del pasado común en términos de opresión y estos espacios tienen una potencialidad dirigida hacia la autonomía de ellxs (Alma y Lorenzo 2013). Resulta entonces interesante pensar en primer lugar la proliferación talleres nuevos en los ENM en los que se debaten los tópicos asumidos como necesidades de pensar o re-pensar más específicamente algún interrogante sobre las vivencias de las mujeres/feminidades en esas realidades. El grueso de las temáticas permanece, otras aparecen y desaparecen según el momento histórico y por lo general se dan grandes batallas para ser visibilizadas entre ellas

mismas; la ausencia de determinadas temáticas (por ser propuestas y autogestionadas de año a año) ponen de manifiesto las tensiones internas. Paralelamente esa lógica aplica para problematizar las consignas que se fueron sumando en los “por qué paramos” que dan forma a los documentos de cada 8M, como modos de denuncias coyunturales frente a políticas gubernamentales o ausencia de estas, pero que también cristalizan discusiones previas respecto de a quién interpela la conmemoración del día internacional de la mujer trabajadora develando mecanismos más sofisticados de interseccionalidad entre identidad y expresión de género-clase-raza, como mínimo.

En esos ejercicios que van implicando desplazamientos de sentidos, cobra relevancia la metodología de la construcción de estos. Nuevamente, por un lado, el trabajo de los talleres<sup>12</sup>, en los que la instancia de conversación es acción, se pone en juego la dimensión de práctica del lenguaje, las sujetas producen sentido en la interacción comunicativa. Así como en la lógica asamblearia multisectorial en la que se van delineando las estrategias y diseñando las intervenciones hacia el paro y que, en consecuencia, suponen de por sí un espacio de construcción política en la disputa misma, y que a los sentidos aquí planteados cobra suma relevancia con independencia de las actividades del 8M.

La pregunta que cabría aquí sería entonces si esas luchas año a año sobre la legitimidad de una nueva discusión, en la que se producen nuevos sentidos en torno a la realidad en tanto mujeres no es una suerte de expresión de la idea que Scott recoge de De Lauretis (1984: 159, citado en Scott 1999) para ampliar su concepción de experiencia, respecto de la cual la conciencia no se alcanza de una vez por todas; y que por el contrario, la historicidad de los discursos que nos producen operan aquí en la toma de conciencia de un aspectos de la realidad que emerge como necesario discutir en tanto sujetas en una jerarquía de género. Pienso también en los términos en que Butler se pregunta por el sujeto del feminismo, si la lucha por más espacios en donde producir sentido mediante el acto comunicativo que suponen los talleres y las asambleas (pero también la amplitud en la convocatoria cada año como manifestación de sujtxs interpeladx con las consignas) no es una manifestación de ese procedimiento ilimitado de la significación de sí, el etcétera del camino horizontal de adjetivos que pugnan por situar al sujeto, ese exceso obligatoriamente asociado al empeño por reclamar la identidad (Butler 2007 [1990]: 281), si esta práctica es entonces expresión/argumento de la idea de construcción variable, en el que no hay *yo* prediscursivo, no un agente antes de la acción como también critica Scott

---

<sup>12</sup> El trabajo en los talleres dispone la circulación de la palabra de manera democrática y horizontal, como un gesto político en el acto mismo de tomar la palabra negada históricamente, y recuperando las prácticas de grupos feministas de EE.UU y Europa de la década del 70 en las que los “grupos de autoconciencia” las mujeres compartían espacios de diálogo para trabajar, en el proceso de toma de conciencia de la opresión como colectiva, el fortalecimiento de la autoestima por la revalorización de la palabra enunciada (Alma y Lorenzo 2013).



sobre la idea de que la experiencia es algo que los sujetos tienen dando por sentado la existencia previa de estos.

La perspectiva de Scott sobre el concepto de experiencia habilita una crítica a ese uso que muchas veces hace el feminismo para construir un criterio de pertenencia y membresía, atribuyendo a cierta experiencia un estatuto de autoridad tal que termina reproduciendo los sistemas ideológicos en vez de impugnarlos o discutirlos. En “Los cuerpos del feminismo” (2009), Josefina Fernández trabaja el debate en torno a la participación de mujeres trans en encuentros feministas (situación que también podría analizarse en la resistencia que primero se opuso a los talleres sobre lesbianismo)<sup>13</sup>. Para ella, los argumentos respecto de que alguien que no tiene genitales femeninos tiene experiencia corporal diferente a la de mujeres que sí los poseen y que por lo tanto no vive una experiencia de género femenino, reúne de manera confusa lo atribuido, lo vivido y lo impuesto otorgando una autoridad a cierta experiencia sobre la cual estaría todo dicho. Vetar la participación de trans y travestis porque se asume por la genitalidad la incapacidad de compartir experiencia de género es fijar la experiencia del género femenino en un cuerpo femenino corriendo el riesgo de hacer funcionar a éste como el fundamento ontológico de la identidad femenina. Una operación tal, que otorgue a la experiencia ese carácter unificador, no hace otra cosa que esencializar las identidades excluyendo dominios enteros de la actividad humana. Estos planteos olvidan que la experiencia misma tiene un carácter discursivo, que no es ni autoevidente, ni sencillo, sino siempre debatible, político. Habría que problematizar también si quizá esa reacción no estaría disputando el sostenimiento de cierto lugar de privilegio.

Independientemente de que definitivamente desde el 2016 se ha sumado un taller nombrado “*Personas transgénero, transexuales, travestis*”, y de que el 8M del 2019 haya sido el Paro de “*Mujeres, Lesbianas, Travestis, Trans, Bisexuales, No Binaries...*”, la sola posibilidad del debate sobre quiénes son mujeres o cuáles son las implicancias homólogas que convocan a otras identidades (en función de las resistencias que pretenden hegemonizar una definición de mujer) engendra la potencia de la que habla Scott, es la manifestación de que la categoría se re-significa, es la puja de lo que sobra de la definición en otras “contingencias” y ahora presiona para emerger.

Entiendo que hay cierta concepción histórica respecto de las experiencias, respecto de lo que significan y re-significan esa prerrogativa de convocar “mujeres” a esos espacios, lo que permite de alguna manera sostener ese ejercicio crítico por el que vela Scott de

---

<sup>13</sup> No logré rastrear el encuentro al que Fernández está haciendo mención; no parece ser al que referimos aquí, pero asumo que no, porque no he encontrado registro de que alguna vez el ENM se haya mencionado como Encuentro Nacional feminista. De cualquier manera, el debate planteado por ella y los argumentos a los que apelaron algunas mujeres *cis* en contra de las *trans*, se dio y se da en los mismos términos en el Encuentro Nacional trabajado aquí por lo que nos pareció pertinente traer su análisis.

intervenir o desplazar las operaciones de jerarquización de relaciones genéricas, lo que supone rechazar la estabilidad y la homogeneización de las categorías. Esta suerte de “desplazamientos” es a mi entender un factor que va poniendo de manifiesto que el Encuentro es cada vez menos “de mujeres” y su continuum, para ser cada vez más “feminista”; definición que se dio sin dilación por esas contingencias desde el 2017 como nombre resumido la conmemoración del 8M como *paro feminista*.

En este punto no podemos dejar de hacer mención sobre una posibilidad de análisis paralela, con otras herramientas quizá más de la línea de Butler en la que la potencia feminista estaría en correr los márgenes de inteligibilidad haciendo proliferar las categorías de género por fuera de lo binario, que nos ayudaría a construir campos abiertos, pues la multiplicidad de géneros y sexualidades en tanto desestabilizan la lógica binaria proponiendo, por lo tanto, que el sujeto del feminismo no es la mujer, efecto del falogocentrismo, sino la multitud abyecta (Lopez 2015). De modo que tengamos otros campos en los que las subjetividades y las consignas no tengan que estar reclamando reconocimiento, justificando el espacio en estos lugares de construcción de estrategias y demandas, situación por la cual también se presentan como políticamente contradictorio porque se presta al juego de la fijación de las categorías binarias en las que se estiran los márgenes de lo que supone “mujer” pero entrampada en la normatividad del binomio, limitando la posibilidad de producir inteligibilidad más productiva –haciendo vidas más vivibles–.

Pero aún algo más. Si esas mencionadas lógicas assemblearias tienen la potencia de ir construyendo desplazamientos de sentido del *ser feminista*, no obstante esas lógicas de alguna manera aplican el diseño de lo que para Butler es el camino a establecer un límite reconocido, una línea en que las personas “se reconocen” (Butler dirá *como pueblo*, pensando en los propósitos de la democracia radical), ¿no deberíamos entonces, potenciar esas instancias y atender a mecanismos superadores de las lógicas de la relación entre lo reconocible y lo no reconocible, que en tanto demarcación siempre supone relegaciones al fondo, al margen, o al olvido? ¿no deberíamos ya estar convirtiendo al “pueblo” en un campo abierto de elaboraciones más amplias? (Butler 2017: 12-13).

Así como Butler analiza el fracaso al que está destinado el conservadurismo de izquierda en tanto pretenda la unidad de un movimiento a costa de la domesticación de diferencia, deberíamos pensar para el feminismo la potencia de retener las formaciones políticas que “*habrían de constituirse como una manera de mantener el conflicto de modos políticamente productivos, como una práctica contestataria que precisa que estos movimientos articulen sus objetivos bajo la presión ejercida por los otros, sin que esto signifique exactamente transformarse en los otros*” (Butler 2000: 74). Se trata de terrenos de politización que se superponen, se determinan mutuamente y confluyen. Pues, los

momentos más prometedores se producen cuando un movimiento social halla su condición de posibilidad en otro. Abrazando la diferencia en el seno del movimiento entendiéndola como una ruptura constitutiva que hace posibles los movimientos sobre bases no identitarias, que instala un cierto conflicto movilizador como base de la politización.

#### **A modo de cierre...**

Resulta altamente esclarecedora la idea de Scott respecto de que la experiencia como evidencia reproduce los sistemas ideológicos dados, de la necesidad de su historización para des-encializar las identidades que se quieren definir a través de ella, de la noción de que entonces identidad y experiencia en tanto efectos de discursos son cambiantes y que por tanto no hay posibilidad de alcanzar una conciencia de una vez y para siempre. Todas estas ideas –y el recorrido argumentativo que Scott elabora para llegar a ellas– se encoronan para nuestro análisis en la de idea que entonces, ciertas diferencias políticas al interior del feminismo dejan de ser explicadas como una falsa conciencia y pasa a ser entendida como una puja que forma parte de la producción del conocimiento sobre la diferencia sexual. Y entonces, algunos de los fenómenos del ENM y el 8M como la necesidad de ampliar los marcos y espacios de discusión, la interseccionalidad como un lugar de enunciación, la apertura a identidades no binarias (pese a la resistencias que aún se oponen a esos procesos), en síntesis, la re-significación que se produce año a año de lo que implica ser lxs sujetxs que se convocan –porque como hemos dicho, o bien subrepticamente empieza a ser cada vez menos de mujeres o bien porque la categoría se iría ampliando– se convierten en expresiones del enfrentamiento a las actuales distribuciones sexo/genéricas de poder para poder cambiarlas –comulgando con el proyecto político de los estudios académicos sobre el género del que no existe separación real (Scott 2008 [1999]: 24) (esperamos haberlo argumentado)–.

## Referencias Bibliográficas

- Alma, A. y Lorenzo, P. (2013). *Mujeres que se Encuentran. Una recuperación histórica de los Encuentros Nacionales de Mujeres (1986-2005)*. Buenos Aires: Yegua Ediciones.
- Butler, J. (2000). “El marxismo y lo meramente cultural”. *New Left Review*, N° 2 Mayo-Junio: 109-121.
- (2001). “Fundamentos contingentes: El feminismo y la cuestión del 'posmodernismo'”. *Revista de Estudios de Género La Ventana*, Volumen II, N° 13. Universidad de Guadalajara. Julio: 7-41.
- (2007) [1990], *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- (2017). *Cuerpos aliados y lucha política*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. y Fraser, N. (2016). *¿Redistribución o Reconocimiento? Un debate entre marxismo y feminismo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- De Lauretis, T (1984). “Semiotics and Expérience”, en *Alice Doesn't*. Bloomington: Indiana University Press.
- Fernández, J. (2009). “Los cuerpos del feminismo”, en Maffia, D. (Comp.) *Sexualidades migrantes: género y transgénero*. Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras.
- López, E. (2015). “Introducción”, en Ahmed, S. *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México: Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM.
- Scott, J. W. (1999). “Experiencia”. *Hiparquía*, Vol. X, 1: 59-83. Disponible en: <http://www.hiparquia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/volx/experiencia>.
- (2008 [1999]). *Género e Historia*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México: FCE.

## Fuentes

- Alegre, Violeta #8M “Al calabozo no volvemos nunca más ¡al biologicismo tampoco!”. 4 febrero, 2019. Agencia Presentes. Disponible en: <https://argentina.indymedia.org/2019/02/04/8m-al-calabozo-no-volvemos-nunca-mas-al-biologicismo-tampoco/> Acceso: 18/05/2019
- “Nos preocupa que quieran discutir nuestra identidad autopercebida” *Entrevista a Paula Arraigada por Martín Paoltroni para La Tetera*. Disponible en: <https://latinta.com.ar/2019/03/preocupa-quieran-discutir-nuestra-identidad-autopercebida/> Acceso: 18/05/2018